

¿La docencia una profesión? Más bien un llamado

Juan Fernando Abarca Reyes*

¿Ser docente? Lo cierto es que, hasta los 25 años, en ningún momento pasaba por mi mente asumir tal responsabilidad. Por ello es por lo que mi primera licenciatura fue en Derecho, una decisión que en su momento respondía más a mis aspiraciones personales que a una verdadera vocación por la enseñanza. Soñaba con ser un fiel defensor de la justicia, con litigar ante los tribunales, con construir argumentos sólidos y generar un impacto real en la vida de las personas a través de la defensa de causas justas. Lo anterior, muy a pesar de las constantes insistencias de mi madre, quien veía en la docencia una profesión noble, estable y con mayores oportunidades a largo plazo. Sin embargo, en aquel entonces mi mente se encontraba orientada hacia otros horizontes, en los que la enseñanza no figuraba como una opción viable, ni mucho menos como un proyecto de vida.

Además, al mirar hacia atrás, no podía evitar recordar los momentos difíciles que viví como estudiante. En más de una ocasión me sentí incomprendido dentro del aula, distante de muchos de mis docentes y, en algunos casos, incluso en desacuerdo con sus formas de enseñanza. De hecho, guardo una visión poco favorable de ciertas prácticas educativas que, lejos de motivar el aprendizaje, generaban desinterés, frustración y, en ocasiones, una actitud de resistencia. Pensaba que la docencia era una labor rígida, limitada a la transmisión de conocimientos y alejada de la comprensión de las realidades personales de los estudiantes. Sin embargo, con el paso del tiempo, comencé a cuestionar esas ideas, reconociendo que, más allá de esas experiencias negativas, existía una dimensión más profunda en la labor docente que, hasta ese momento, aún no lograba comprender en su totalidad.

No sería sino hasta el año 2018 cuando, de manera casi inesperada, leí la convocatoria de admisión docente publicada por el Servicio Profesional Docente, lo que despertó en mí una curiosidad que, hasta ese momento, no había considerado con seriedad. Decidí entonces probar algo de suerte, más por inquietud que por una convicción ple-

namente definida. Con mucho nerviosismo enfrenté el examen de admisión, consciente de que me encontraba incursionando en un terreno desconocido. Para mi sorpresa resulté beneficiado. A partir de ese momento, iniciaría una etapa completamente distinta en mi vida profesional, una etapa que, sin saberlo, transformaría no sólo mi forma de ver la educación, sino también mi manera de entenderme a mí mismo y mi papel dentro de la sociedad.

Poco a poco, al estar frente a grupo, mi perspectiva comenzó a cambiar de manera significativa. Aquella idea limitada que tenía de la docencia se fue desvaneciendo al enfrentar la realidad del aula, una realidad compleja, dinámica y profundamente humana. Comprendí que la docencia implica retos constantes, desafíos que exigen no sólo dominio de contenidos, sino también creatividad, sensibilidad y una gran capacidad de adaptación. Pero, sobre todo, he ido descubriendo que se trata de una labor profundamente humanista. Hay una verdad que con el tiempo he llegado a comprender con claridad: ser docente también significa reconocer que los estudiantes me necesitan, así como yo, en algún momento de mi vida, necesité de mis propios maestros. Es en ese reconocimiento donde comienza a construirse un vínculo distinto, más cercano, más consciente y, sin duda, más significativo dentro del proceso educativo.

En efecto, como mencioné anteriormente, en un inicio tenía una concepción poco favorable de varios de mis docentes, marcada por experiencias que, en su momento, no lograron generar en mí un verdadero interés por el aprendizaje. Sin embargo, también debo reconocer que hubo otros maestros que dejaron una huella profundamente significativa en mi formación. Recuerdo con especial afecto a aquellos docentes que, con entusiasmo genuino, lograban despertar mi curiosidad, quienes no se limitaban únicamente a transmitir contenidos, sino que hacían del aprendizaje una experiencia distinta, casi como la posibilidad de descubrir nuevos mundos. Esa curiosidad que me impulsaba a querer seguir comprendiendo el mundo, y el porqué de las cosas.

Con ellos, el conocimiento dejaba de ser una obligación y se transformaba en una herramienta para ampliar mis horizontes, para comprender mejor la realidad y, sobre todo, para visualizar nuevas po-

sibilidades de vida. Sin duda alguna, son esos docentes de los que más he aprendido, y cuyas estrategias, actitudes y formas de enseñar continúan presentes en mi práctica docente actual, recordándome constantemente el impacto que puede tener un maestro cuando su labor trasciende lo académico.

Pero más allá del aprendizaje académico, existe otra dimensión de la docencia que con el tiempo he comenzado a sentir como un verdadero llamado. Sobre todo, al desempeñarme en una región donde las problemáticas sociales son una realidad constante: pobreza, desigualdad, violencia, estereotipos de género, entre muchas otras. Es entonces cuando comprendo que la formación de los estudiantes no puede limitarse únicamente a la adquisición de conocimientos profesionales o disciplinares, sino que implica también atender otras necesidades igual de importantes. En este sentido, la labor docente nos coloca, de manera inevitable, frente a situaciones complejas relacionadas con aspectos emocionales, adicciones, violencia y disfunciones familiares que forman parte del entorno cotidiano de muchos estudiantes.

Si bien es cierto que los docentes no podemos solucionar por completo este tipo de problemáticas, también es una realidad que, a través de la formación socioemocional, podemos contribuir a mitigar sus efectos. Lo anterior lo comprendo con mayor claridad al recordar mi propia etapa como adolescente, en la que enfrenté diversas dificultades de este tipo. En más de una ocasión pensé en lo importante que hubiera sido contar con docentes que no sólo se enfocaran en lo académico, sino que también estuvieran presentes para orientar, escuchar y acompañar. Por ello, hoy considero que la docencia también implica asumir un compromiso con la formación integral de los estudiantes, buscando que puedan desarrollarse de manera sana en lo emocional y construir una vida en sociedad más digna y consciente.

Hoy por hoy, y pese a los nuevos retos que enfrentamos los docentes, es común escuchar entre algunos compañeros constantes quejas relacionadas con la sobrecarga de trabajo, las condiciones laborales poco favorables, así como las actitudes rebeldes y, en ocasiones, apáticas de ciertos estudiantes. Sin embargo, a partir de mi propia experiencia, he llegado a comprender que la docencia no es simple-

mente una profesión más, sino un verdadero llamado. Un llamado que no todos están dispuestos a asumir, pero que quienes lo aceptamos, lo hacemos con la convicción de que nuestra labor trasciende más allá de lo inmediato. En este sentido, ser docente implica un compromiso permanente con la mejora continua, con la generación de nuevas estrategias pedagógicas, comunicativas y educativas que permitan responder a las necesidades cambiantes de los estudiantes, con el firme propósito de contribuir a su formación integral.

Es, en cierta forma, un ciclo que se va renovando generación tras generación. Así como en su momento hubo docentes que influyeron en mi formación y que, de alguna manera, contribuyeron a que hoy sea el profesionalista que soy, también reconozco que mi labor actual puede tener un impacto en la vida de mis estudiantes. Tal vez no en todos, pero sí en algunos de ellos. Estoy convencido de que, con el paso del tiempo, habrá quienes recuerden no sólo los contenidos aprendidos, sino también las experiencias vividas dentro del aula, ese despertar de la curiosidad y, sobre todo, el ejemplo que como docente procuro transmitir día con día.

Actualmente con la Nueva Escuela Mexicana y los principios de humanismo y criticismo. Me han enseñado que debo de redefinir el concepto y percepción que tengo para la educación y el trabajo con los estudiantes. Y más aun con la llegada de la Inteligencia Artificial. Con ello he tenido el reto de reinventar las estrategias de enseñanza, buscando actividades que puedan adaptarse y preparar a los estudiantes a las nuevas realidades sociales.

Por todo lo mencionado a lo largo de este escrito, he llegado a la conclusión que la docencia, más que una profesión, es una labor profundamente humana, en la que el compromiso con la formación, el humanismo y la vocación de servicio se convierten en pilares fundamentales para transformar vidas.

*Doctor psicopedagogía. Docente del Centro de Bachillerato Tecnológico Agropecuario # 191. Ayutla de los Libres, Guerrero. juanabarcar191@dgetaycm.sems.gob.mx